

*Materia "del cuerpo, " materia "de la sexualidad, " materia  
"de la raza, " materia "de los medios," materia "del lenguaje"*



# ¿Qué es una mujer?

HEINZ DUTHEL

'La hembra es una hembra en virtud de una cierta falta de  
cualidades'

---

**MATERIA "DEL CUERPO, "  
MATERIA "DE LA SEXUALIDAD, "  
MATERIA "DE LA RAZA, "  
MATERIA "DE LOS MEDIOS, "  
MATERIA "DEL LENGUAJE" ' ¿QUÉ  
ES UNA MUJER? '**

La libido de la mujer, pasando también por una fase narcisista, se volverá objetiva, normalmente hacia el hombre; pero el proceso será mucho más complejo, porque la mujer debe pasar del placer clitoridiano al vaginal.

' ¿Qué es una mujer? '

Página de créditos

**La libido de la mujer, pasando también por una fase narcisista, se volverá objetiva, normalmente hacia el hombre; pero el proceso será mucho más complejo, porque la mujer debe pasar del placer clitoridiano al vaginal.**

---

Materia "del cuerpo, " materia "de la sexualidad, " materia "de la raza, " materia "de los medios," materia "del lenguaje"

# ' ¿Qué es una mujer? '

---

'La hembra es una hembra en virtud de una cierta falta de cualidades'

## ¿Qué es una mujer?

- «¡Ah! que n'ai-je mis bas tout un noeud de vipères,  
Plutôt que de nourrir cette dérision!

Maudite soit la nuit aux plaisirs éphémères OÙ mon  
ventre a conçu mon expiation !

## Introducción

Legisladores, sacerdotes, filósofos, escritores y científicos se han esforzado por demostrar que la posición subordinada de la mujer es deseada en el cielo y ventajosa en la tierra. Las religiones inventadas por los hombres reflejan este deseo de dominación. En las leyendas de Eva y Pandora, los hombres se han levantado en armas contra las mujeres.

Han hecho uso de la filosofía y la teología, como lo demuestran las citas de Aristóteles y Santo Tomás. Desde la antigüedad, los satíricos y moralistas se han deleitado en mostrar las debilidades de las mujeres. Estamos familiarizados con las salvajes acusaciones lanzadas contra las mujeres a lo largo de la literatura francesa. Montherlant , por ejemplo, sigue la tradición de Jean de Meung , aunque con menos entusiasmo. Esta hostilidad a veces puede estar bien fundada, a menudo es gratuita; pero en verdad oculta con más o menos éxito un deseo de autojustificación. Como dice Montaigne, "es más fácil acusar a un sexo que excusar al otro". A veces, lo que está sucediendo es lo suficientemente claro. Por ejemplo, la ley romana que limitaba los derechos de la mujer citaba 'la imbecilidad, la inestabilidad del sexo' justo cuando el debilitamiento de los lazos familiares parecía amenazar los intereses de los herederos varones. Y en el afán por mantener bajo tutela a la mujer casada, en el siglo XVI se apela a la autoridad de san Agustín, quien declara que 'la mujer no es una criatura ni decisiva ni constante', en un momento en que se creía capaz a la mujer soltera. de administrar su propiedad. Montaigne comprendió claramente cuán arbitrario e injusto era el destino de la mujer: "Las mujeres no están equivocadas cuando se niegan a aceptar las reglas que se les establecen, ya que los hombres las establecen sin consultarlas. No es de

extrañar que abundan las intrigas y las luchas. Pero no llegó a defender su causa.

En la mayoría de las filosofías, este hecho se ha dado por sentado sin pretensión de explicación. Según el mito platónico, al principio hubo hombres, mujeres y hermafroditas. Cada individuo tenía dos caras, cuatro brazos, cuatro piernas y dos cuerpos unidos. En un momento determinado se dividieron en dos, y desde entonces cada mitad busca reincorporarse a su mitad correspondiente. Más tarde, los dioses decretaron que se crearan nuevos seres humanos mediante el acoplamiento de mitades diferentes. Pero es sólo el amor lo que pretende explicar esta historia; La división en sexos se asume desde el principio. Tampoco Aristóteles explica esta división, porque si la materia y la forma deben cooperar en toda acción, no es necesario que los principios activo y pasivo se separen en dos categorías diferentes de individuos. Así Santo Tomás proclama la mujer y el ser casual, que es una forma de sugerir, desde el punto de vista masculino, la naturaleza accidental o contingente de la sexualidad. Sin embargo, Hegel no habría sido fiel a su pasión por el racionalismo si no hubiera intentado una explicación lógica. En su opinión, la sexualidad representa el medio a través del cual el sujeto adquiere un sentido concreto de pertenencia a un tipo (género) particular. “ El sentido de la

especie se produce en el sujeto como un efecto que contrarresta este sentido desproporcionado de su realidad individual, como un deseo de encontrar el sentido de sí mismo en otro individuo de su especie a través de la unión con ese otro, de completarse y así de incorporar el tipo (género) dentro de su propia naturaleza y traerlo a la existencia. Esto es la cópula ”(Filosofía de la naturaleza, Parte 3, Sección 369). Y un poco más adelante. 'El proceso consiste en esto, a saber: lo que son en sí mismos, es decir un solo género, una sola y misma vida subjetiva, también lo establecen como tal'. Y Hegel afirma más tarde que para que se lleve a cabo el proceso de unión , primero debe haber diferenciación sexual. Pero su exposición no es convincente: se siente en ella con demasiada claridad la predeterminación de encontrar en cada operación los tres términos del silogismo.

Freud nunca mostró mucha preocupación por el destino de la mujer; está claro que simplemente adaptó su relato del destino del hombre, con ligeras modificaciones. Anteriormente el sexólogo Marañón había afirmado que “como energía específica, podemos decir que la libido es una fuerza de carácter viril. Lo diremos tanto del orgasmo '. Según él, las mujeres que alcanzan el orgasmo son mujeres "viriloides"; el impulso sexual es "en una dirección" y la mujer está sólo a la mitad del camino. Freud nunca llega a tal

extremo; admite que la sexualidad de la mujer evoluciona tan plenamente como la del hombre; pero apenas lo estudia en particular. Escribe: "La libido es constante y regularmente masculina en esencia, ya sea que aparezca en el hombre o en la mujer". Se niega a considerar que la libido femenina tiene su propia naturaleza original y, por lo tanto, necesariamente le parecerá una desviación compleja de la libido humana en general. Esto se desarrolla al principio, piensa, de manera idéntica en los dos sexos: cada niño pasa primero por una fase oral que lo fija en el pecho materno, y luego por una fase anal; finalmente llega a la fase genital, momento en el que se diferencian los sexos.

Freud sacó a la luz un hecho cuya importancia no había sido plenamente apreciada: a saber, que el erotismo masculino se localiza definitivamente en el pene, mientras que en la mujer hay dos sistemas eróticos distintos: uno el clítoris, que se desarrolla en la infancia, el otro vaginal, que se desarrolla solo después de la pubertad. Cuando el niño llega a la fase genital, se completa su evolución, aunque debe pasar de la inclinación autoerótica, en la que el placer es subjetivo, a la inclinación heteroerótica, en la que el placer está ligado a un objeto, normalmente una mujer. Esta transición se realiza en el momento de la pubertad a través de una fase narcisista. Pero el pene seguirá siendo, como en la infancia, el órgano



específico del erotismo . La libido de la mujer, pasando también por una fase narcisista, se volverá objetiva, normalmente hacia el hombre; pero el proceso será mucho más complejo, porque la mujer debe pasar del placer clitoridiano al vaginal. Solo hay una etapa genital para el hombre, pero hay dos para la mujer; corre un riesgo mucho mayor de no llegar al final de su evolución sexual, de permanecer en la etapa infantil y así desarrollar neurosis.

Mientras aún se encuentra en la etapa autoerótica, el niño se apega más o menos fuertemente a un objeto. El niño se fija en su madre y desea identificarse con su padre; esta presunción lo aterroriza y teme la mutilación a manos de su padre como castigo por ella. Así, el complejo de castración surge del complejo de Edipo. Entonces se desarrolla la agresividad hacia el padre, pero al mismo tiempo el niño interioriza la autoridad del padre; así, el superyó se construye en el niño y censura sus tendencias incestuosas. Estos se reprimen, el complejo se liquida y el hijo se libera del miedo a su padre, a quien ahora ha instalado en su propia psique bajo la apariencia de preceptos morales. El superyó es más poderoso en la medida en que el complejo de Edipo ha sido más marcado y más rigurosamente resistido.

Las innumerables tareas que se conocen colectivamente como "tareas domésticas" (cocinar, lavar los platos, lavar la

ropa, hacer las camas, barrer, comprar, etc.) aparentemente consumen entre tres y cuatro mil horas del año promedio de un ama de casa.

## La mujer como otra

Durante mucho tiempo he dudado en escribir un libro sobre la mujer. El tema es irritante, especialmente para las mujeres; y no es nuevo. Se ha derramado suficiente tinta en las disputas sobre el feminismo, y tal vez no deberíamos decir más al respecto. Sin embargo, todavía se habla de ello, porque las voluminosas tonterías pronunciadas durante el último siglo parecen haber hecho poco para esclarecer el problema. Después de todo, ¿hay algún problema? Y si es así, ¿qué es? ¿De verdad hay mujeres? Sin duda alguna, la teoría del eterno femenino todavía tiene seguidores que te susurrarán al oído: "Incluso en Rusia las mujeres siguen siendo mujeres"; y otras personas eruditas —a veces lo mismo— dicen con un suspiro: "La mujer se pierde, la mujer se pierde". Uno se pregunta si las mujeres todavía existen, si siempre existirán, si es deseable o no que lo hagan, qué lugar ocupan en este mundo, cuál debería ser su lugar. ¿Qué ha sido de las mujeres? se preguntó recientemente en una revista efímera.

Pero primero debemos preguntarnos: ¿qué es una mujer? 'Tota mulier in utero', dice uno, 'la mujer es un útero'. Pero al hablar de ciertas mujeres, los entendidos declaran que no son mujeres, aunque están dotadas de un útero como el resto. Todos coinciden en reconocer el hecho de que las hembras existen en la especie humana; hoy, como siempre, constituyen aproximadamente la mitad de la humanidad. Y, sin embargo, se nos dice que la feminidad está en peligro; se nos exhorta a ser mujeres, seguir siendo mujeres y convertirnos en mujeres. Entonces, parecería que todo ser humano femenino no es necesariamente una mujer; para ser considerada debe compartir esa misteriosa y amenazada realidad conocida como feminidad. ¿Es este atributo algo secretado por los ovarios? ¿O es una esencia platónica, un producto de la imaginación filosófica? ¿Basta una enagua susurrante para hacerla descender a la tierra? Aunque algunas mujeres tratan con celo de encarnar esta esencia, difícilmente es patentable. Con frecuencia se describe en términos vagos y deslumbrantes que parecen haber sido tomados del vocabulario de los videntes, y de hecho en la época de Santo Tomás se consideraba una esencia tan ciertamente definida como la virtud somnífera de la amapola.

Pero el conceptualismo ha perdido terreno. Las ciencias biológicas y sociales ya no admiten la existencia de entidades

inmutablemente fijas que determinan determinadas características, como las atribuidas a la mujer, al judío o al negro. La ciencia considera cualquier característica como una reacción que depende en parte de una situación. Si hoy la feminidad ya no existe, entonces nunca existió. Pero, ¿la palabra mujer, entonces, no tiene un contenido específico? Esto lo afirman rotundamente quienes se aferran a la filosofía de la ilustración, del racionalismo, del nominalismo; las mujeres, para ellos, son simplemente los seres humanos designados arbitrariamente por la palabra mujer. En particular, muchas mujeres estadounidenses están dispuestas a pensar que ya no hay lugar para la mujer como tal; si un individuo atrasado todavía se toma por mujer, sus amigos le aconsejan que se psicoanalice y así deshacerse de esta obsesión. Con respecto a una obra, *Modern Woman: The Lost Sex*, que en otros aspectos tiene sus características irritantes, Dorothy Parker ha escrito: 'No puedo ser solo para los libros que tratan a la mujer como mujer ... Mi idea es que todos nosotros , tanto los hombres como las mujeres, deben ser considerados seres humanos ». Pero el nominalismo es una doctrina bastante inadecuada, y los antifeministas no han tenido ningún problema en demostrar que las mujeres simplemente no son hombres. Seguramente la mujer es, como el hombre, un ser humano; pero tal declaración es abstracta. El hecho es que

cada ser humano concreto es siempre un individuo singular y separado. Negarse a aceptar nociones como lo femenino eterno, el alma negra, el carácter judío, no es negar que los judíos, los negros y las mujeres existen hoy en día; esta negación no representa una liberación para los interesados, sino más bien una huida de la realidad. Hace algunos años, una conocida escritora se negó a permitir que su retrato apareciera en una serie de fotografías especialmente dedicadas a las escritoras; deseaba ser contada entre los hombres. ¡Pero para obtener este privilegio hizo uso de la influencia de su esposo! Las mujeres que afirman ser hombres reclaman, no obstante, consideración y respeto masculinos. Recuerdo también a una joven trotskista parada en una plataforma en una reunión bulliciosa y preparándose para usar sus puños, a pesar de su evidente fragilidad. Ella estaba negando su debilidad femenina; pero fue por amor a un hombre militante a quien ella deseaba ser igual. La actitud desafiante de muchas mujeres estadounidenses demuestra que están obsesionadas por un sentido de su feminidad. En verdad, salir a caminar con los ojos abiertos es suficiente para demostrar que la humanidad se divide en dos clases de individuos cuyas vestimentas; rostros, cuerpos, sonrisas, andares, intereses y ocupaciones son manifiestamente diferentes. Quizás estas diferencias sean superficiales; quizás

estén destinados a desaparecer. Lo que es seguro es que, evidentemente, existen.

Si su funcionamiento como mujer no es suficiente para definir a la mujer, si nos negamos también a explicarla a través de 'lo eterno femenino', y si sin embargo admitimos, provisionalmente, que las mujeres sí existen, entonces debemos afrontar la pregunta "¿qué es un mujer"?

Para mí, formular la pregunta es sugerir, de una vez, una respuesta preliminar. El hecho de que lo pregunte es en sí mismo significativo. Un hombre nunca se propondría escribir un libro sobre la peculiar situación del hombre humano. Pero si quiero definirme, primero debo decir: "Soy una mujer"; en esta verdad debe basarse toda discusión ulterior. Un hombre nunca comienza presentándose a sí mismo como un individuo de cierto sexo; no hace falta decir que es un hombre. Los términos masculino y femenino se usan simétricamente solo como una cuestión de forma, como en los documentos legales. En realidad, la relación de los dos sexos no es exactamente como la de dos polos eléctricos, pues el hombre representa tanto el positivo como el neutro, como lo indica el uso común del hombre para designar a los seres humanos en general; mientras que la mujer representa solo lo negativo, definido por criterios limitantes, sin reciprocidad. En medio de una discusión abstracta, es irritante escuchar a un hombre decir:

"piensas así y así porque eres mujer"; pero sé que mi única defensa es responder: "Pienso así y así porque es verdad", eliminando así mi yo subjetivo del argumento. Sería imposible responder: 'Y tú piensas lo contrario porque eres un hombre', porque se entiende que el hecho de ser un hombre no es una peculiaridad. Un hombre tiene razón en ser hombre; es la mujer la que está equivocada. Esto equivale a esto: así como para los antiguos existía una vertical absoluta con referencia a la cual se definía lo oblicuo, así hay un tipo humano absoluto, el masculino. La mujer tiene ovarios, útero: estas peculiaridades la aprisionan en su subjetividad; circunscribirla dentro de los límites de su propia naturaleza. A menudo se dice que piensa con sus glándulas. El hombre ignora soberbiamente el hecho de que su anatomía también incluye glándulas, como los testículos, y que secretan hormonas. Piensa en su cuerpo como una conexión directa y normal con el mundo, que cree aprehender objetivamente, mientras que considera el cuerpo de la mujer como un estorbo, una prisión, abrumado por todo lo que le es peculiar. "La mujer es una mujer en virtud de una cierta falta de cualidades", dijo Aristóteles; "Deberíamos considerar la naturaleza femenina afligida por un defecto natural". Y Santo Tomás por su parte la mujer para ser pronunciado andimperfect hombre ' andincidental ' ser. Esto está simbolizado en Génesis, donde se

representa a Eva como hecha de lo que Bossuet llamó "un hueso supernumerario" de Adán.

Así, la humanidad es masculina y el hombre no define a la mujer en sí misma sino como relativa a él; no se la considera un ser autónomo. Michelet escribe: 'Mujer, el ser relativo ...' Y Benda es más positivo en su Rapport d'Uriel : 'El cuerpo del hombre tiene sentido en sí mismo bastante aparte del de la mujer, mientras que este último parece carecer de significado por sí mismo. ... El hombre puede pensar en sí mismo sin la mujer. No puede pensar en sí misma sin un hombre. Y ella es simplemente lo que el hombre decreta; por eso se la llama "el sexo", con lo que se quiere decir que se le aparece esencialmente al hombre como un ser sexual. Para él, ella es sexo, sexo absoluto, nada menos. Ella se define y diferencia con referencia al hombre y no él con referencia a ella; ella es lo incidental, lo no esencial en oposición a lo esencial. Él es el Sujeto, él es el Absoluto, ella es el otro '.

La categoría del otro es tan primordial como la conciencia misma. En las sociedades más primitivas, en las mitologías más antiguas, se encuentra la expresión de una dualidad: la del Yo y el otro. Esta dualidad no se adjuntó originalmente a la división de los sexos; no dependía de ningún hecho empírico. Se revela en obras como la de Granet sobre el pensamiento chino y las de Dumézil sobre las Indias



Orientales y Roma. Al principio, el elemento femenino no estaba más involucrado en pares como Varuna-Mitra , Urano-Zeus, Sol-Luna y Día-Noche que en los contrastes entre el Bien y el Mal, auspicios afortunados y desafortunados, derecha e izquierda, Dios y Lucifer. La alteridad es una categoría fundamental del pensamiento humano.

Así es que ningún grupo se erige jamás como el Uno sin poner inmediatamente al otro frente a sí mismo. Si tres viajeros tienen la oportunidad de ocupar el mismo compartimento, eso es suficiente para convertir en "otros" vagamente hostiles al resto de los pasajeros del tren. A los ojos de un pueblo pequeño, todas las personas que no pertenecen al pueblo son "extraños" y sospechosos; para el nativo de un país todos los que habitan en otros países son "extranjeros"; Los judíos son "diferentes" para los antisemitas, los negros son "inferiores" para los racistas estadounidenses, los aborígenes son "nativos" para los colonos, los proletarios son la "clase baja" para los privilegiados.

Lévi-Strauss, al final de un trabajo profundo sobre las diversas formas de sociedades primitivas, llega a la siguiente conclusión: 'El paso del estado de naturaleza al estado de cultura está marcado por la capacidad del hombre para ver las relaciones biológicas como una serie de contrastes ; la

dualidad, la alternancia, la oposición y la simetría, ya sea bajo formas definidas o vagas, no constituyen tanto fenómenos a explicar como datos fundamentales e inmediatamente dados de la realidad social >>. Estos fenómenos serían incomprensibles si de hecho la sociedad humana fuera simplemente un *Mitsein* o compañerismo basado en la solidaridad y la amistad. Las cosas se aclaran, por el contrario, si, siguiendo a Hegel, encontramos en la conciencia misma una hostilidad fundamental hacia cualquier otra conciencia; el sujeto sólo puede plantearse en oposición: se erige a sí mismo como lo esencial, en oposición a lo otro, lo no esencial y el objeto.

Pero la otra conciencia, el otro ego, establece un reclamo recíproco. El nativo que viaja al extranjero se sorprende al verse a su vez considerado como un "extraño" por los nativos de los países vecinos. De hecho, las guerras, las fiestas, el comercio, los tratados y las contiendas entre tribus, naciones y clases tienden a privar al concepto Otro de su sentido absoluto ya manifestar su relatividad; Quiera o no, los individuos y los grupos se ven obligados a darse cuenta de la reciprocidad de sus relaciones. ¿Cómo es entonces que no se ha reconocido esta reciprocidad entre los sexos, que uno de los términos contrastantes se configura como único esencial, negando cualquier relatividad en cuanto a su correlativo y

definiendo este último como pura alteridad? ¿Por qué las mujeres no disputan la soberanía masculina? Ningún sujeto se ofrecerá voluntariamente para convertirse en el objeto, lo no esencial; no es el otro quien, al definirse como el Otro , establece el Uno. El otro es planteado como tal por el Uno al definirse a sí mismo como el Uno. Pero si el otro no quiere recuperar el estatus de ser el Uno, debe ser lo suficientemente sumiso como para aceptar este punto de vista ajeno. ¿De dónde viene esta sumisión en el caso de la mujer?

Sin duda, hay otros casos en los que una determinada categoría ha podido dominar a otra completamente durante un tiempo. Muy a menudo, este privilegio depende de la desigualdad de números: la mayoría impone su dominio sobre la minoría o la persigue. Pero las mujeres no son una minoría, como los negros estadounidenses o los judíos; hay tantas mujeres como hombres en la tierra. Una vez más, los dos grupos en cuestión a menudo han sido originalmente independientes; es posible que antes no se dieran cuenta de la existencia del otro, o tal vez reconocieron la autonomía del otro. Pero un evento histórico ha resultado en la subyugación del más débil por el más fuerte. La dispersión de los judíos, la introducción de la esclavitud en América, las conquistas del imperialismo son ejemplos al respecto. En estos casos, los oprimidos conservaban al menos el recuerdo de tiempos

pasados; poseían en común un pasado, una tradición, a veces una religión o una cultura.

El paralelo trazado por Bebel entre las mujeres y el proletariado es válido en el sentido de que ninguno de los dos formó una minoría o una unidad colectiva separada de la humanidad. Y en lugar de un solo evento histórico, en ambos casos es un desarrollo histórico que explica su estatus como clase y da cuenta de la pertenencia de individuos particulares a esa clase. Pero los proletarios no siempre han existido, mientras que siempre ha habido mujeres. Son mujeres en virtud de su anatomía y fisiología. A lo largo de la historia, siempre han estado subordinados a los hombres y, por lo tanto, su dependencia no es el resultado de un evento histórico o un cambio social, no fue algo que ocurrió. La razón por la que la alteridad en este caso parece ser absoluta es en parte que carece de la naturaleza contingente o incidental de los hechos históricos. Una condición provocada en un momento determinado puede abolirse en otro momento, como han demostrado los negros de Haití y otros: pero podría parecer que la condición natural está más allá de la posibilidad de cambio. En verdad, sin embargo, la naturaleza de las cosas no está dada de una vez por todas de manera más inmutable que la realidad histórica. Si la mujer parece ser lo no esencial, que nunca se convierte en lo esencial, es porque ella misma no

logra ese cambio. Los proletarios dicen "nosotros"; Negros también. Considerándose a sí mismos como sujetos, transforman a los burgueses, a los blancos, en 'otros'. Pero las mujeres no dicen "nosotros", excepto en algún congreso de feministas o manifestaciones formales similares; los hombres dicen "mujeres" y las mujeres usan la misma palabra para referirse a sí mismas. No asumen auténticamente una actitud subjetiva. Los proletarios han logrado la revolución en Rusia, los negros en Haití, los indochinos luchan por ella en Indochina; pero el esfuerzo de las mujeres nunca ha sido más que una agitación simbólica. Han obtenido sólo lo que los hombres han estado dispuestos a conceder; no han tomado nada, solo han recibido.

La razón de esto es que las mujeres carecen de medios concretos para organizarse en una unidad, que pueda enfrentarse cara a cara con la unidad correlativa. No tienen pasado, ni historia, ni religión propia; y no tienen tanta solidaridad de trabajo e interés como el del proletariado. Ni siquiera son agrupados de manera promiscua de la manera que crea un sentimiento de comunidad entre los negros estadounidenses, los judíos del gueto, los trabajadores de Saint-Denis o las manos de las fábricas de Renault. Viven dispersos entre los hombres, apegados por residencia, trabajo doméstico, condición económica y posición social a ciertos

hombres - padres o maridos - más firmemente que a otras mujeres. Si pertenecen a la burguesía, se solidarizan con los hombres de esa clase, no con las mujeres proletarias; si son blancos, su lealtad es hacia los hombres blancos, no hacia las mujeres negras. El proletariado puede proponer masacrar a la clase dominante, y un judío o un negro suficientemente fanático podría soñar con hacerse con la posesión exclusiva de la bomba atómica y convertir a la humanidad en totalmente judía o negra; pero la mujer ni siquiera puede soñar con exterminar a los machos. El vínculo que la une a sus opresores no es comparable a ningún otro. La división de los sexos es un hecho biológico, no un evento en la historia de la humanidad. Hombre y mujer se oponen dentro de un *Mitsein* primordial, y la mujer no lo ha roto. La pareja es una unidad fundamental con sus dos mitades remachadas juntas, y la división de la sociedad a lo largo de la línea del sexo es imposible. Aquí se encuentra el rasgo básico de la mujer: ella es la otra en una totalidad cuyos dos componentes son necesarios el uno para el otro.

Se podría suponer que esta reciprocidad habría facilitado la liberación de la mujer. Cuando Hércules se sentó a los pies de Omphale y la ayudó a girar, su deseo por ella lo mantuvo cautivo; pero ¿por qué no logró obtener un poder duradero? Para vengarse de Jason, Medea mató a sus hijos; y esta

siniestra leyenda parecería sugerir que ella podría haber obtenido una formidable influencia sobre él a través del amor que sentía por su descendencia. En Lisístrata, Aristófanes describe alegremente a un grupo de mujeres que unieron sus fuerzas para obtener fines sociales a través de las necesidades sexuales de sus hombres; pero esto es solo una obra de teatro. En la leyenda de las sabinas, estas últimas pronto abandonaron su plan de permanecer estériles para castigar a sus violadores. En verdad, la mujer no se ha emancipado socialmente a través de la necesidad del hombre —el deseo sexual y el deseo de tener hijos— que hace que el hombre dependa de la mujer para su satisfacción.

Amo y esclavo, también, están unidos por una necesidad recíproca, en este caso económica, que no libera al esclavo. En la relación de amo a esclavo, el amo no hace hincapié en la necesidad que tiene del otro; tiene a su alcance el poder de satisfacer esta necesidad mediante su propia acción; mientras que el esclavo, en su condición de dependencia, su esperanza y su miedo, es muy consciente de la necesidad que tiene de su amo. Incluso si en el fondo la necesidad es igualmente urgente para ambos, siempre funciona a favor del opresor y en contra del oprimido. Por eso la liberación de la clase trabajadora, por ejemplo, ha sido lenta.

Ahora bien, la mujer siempre ha dependido del hombre , si no su esclava; los dos sexos nunca han compartido el mundo en igualdad. E incluso hoy en día la mujer está gravemente discapacitada, aunque su situación está empezando a cambiar. Casi en ninguna parte su estatus legal es el mismo que el de los hombres y, con frecuencia, es una desventaja para ella. Incluso cuando sus derechos están legalmente reconocidos en abstracto, la costumbre de larga data impide que se expresen plenamente en las costumbres. En la esfera económica, casi se puede decir que hombres y mujeres forman dos castas; En igualdad de condiciones, los primeros tienen mejores trabajos, obtienen salarios más altos y tienen más oportunidades de éxito que sus nuevos competidores. En la industria y la política los hombres tienen muchos más puestos y acaparan los puestos más importantes. Además de todo esto, gozan de un prestigio tradicional que la educación de los niños tiende en todos los sentidos a apoyar, porque el presente consagra el pasado, y en el pasado toda la historia ha sido hecha por hombres. En la actualidad, cuando las mujeres comienzan a tomar parte en los asuntos del mundo, sigue siendo un mundo que pertenece a los hombres, ellos no tienen ninguna duda de ello y las mujeres apenas. Negarse a ser el otro, negarse a ser una de las partes en el trato, sería que las mujeres renunciaran a todas las ventajas



que les confiere su alianza con la casta superior. El hombre soberano proporcionará a la mujer soberana protección material y emprenderá la justificación moral de su existencia; por tanto, puede evadir a la vez tanto el riesgo económico como el riesgo metafísico de una libertad en la que los fines y los fines deben idearse sin ayuda. De hecho, junto con el impulso ético de cada individuo de afirmar su existencia subjetiva, también existe la tentación de renunciar a la libertad y convertirse en una cosa. Este es un camino desfavorable, porque quien lo toma, pasivo, perdido, arruinado, se convierte en lo sucesivo en criatura de la voluntad ajena, frustrado en su trascendencia y desprovisto de todo valor. Pero

Es un camino fácil; en él se evita la tensión que implica emprender una existencia auténtica. Cuando el hombre hace de la mujer el otro, entonces puede esperar manifestar tendencias muy arraigadas hacia la complicidad. Así, la mujer puede no reclamar el estatus de sujeto porque carece de recursos definidos, porque siente el vínculo necesario que la une al hombre independientemente de la reciprocidad, y porque a menudo está muy complacida con su papel de Otro .

Pero enseguida se preguntará: ¿cómo empezó todo esto? Es fácil ver que la dualidad de sexos, como cualquier dualidad, da lugar al conflicto. Y sin duda el ganador asumirá

la condición de absoluto. Pero, ¿por qué habría ganado el hombre desde el principio? Parece posible que las mujeres pudieran haber ganado la victoria; o que es posible que nunca se haya decidido el resultado del conflicto. ¿Cómo es que este mundo siempre ha pertenecido a los hombres y que las cosas han comenzado a cambiar solo recientemente? ¿Es este cambio algo bueno? ¿Conseguirá un reparto equitativo del mundo entre hombres y mujeres?

Estas preguntas no son nuevas y, a menudo, se han respondido. Pero el mero hecho de que la mujer sea el otro tiende a hacer sospechar todas las justificaciones que los hombres han podido proporcionarle. Todo esto, evidentemente, ha sido dictado por el interés de los hombres. Una feminista poco conocida del siglo XVII, Poulain de la Barre, lo expresó de esta manera: "Todo lo que los hombres han escrito sobre las mujeres debe ser sospechoso, porque los hombres son a la vez juez y parte en la demanda". En todas partes, en todo momento, los machos han mostrado su satisfacción al sentirse los señores de la creación. "Bendito sea Dios ... que no me hizo mujer", dicen los judíos en sus oraciones matutinas, mientras sus esposas rezan con una nota de resignación: "Bendito sea el Señor, que me creó según su voluntad". La primera de las bendiciones por las que Platón agradeció a los dioses fue que había sido creado libre, no

esclavizado; el segundo, un hombre, no una mujer. Pero los varones no podrían disfrutar plenamente de este privilegio a menos que creyeran que se basa en lo absoluto y lo eterno; que trataron de hacer que el hecho de su supremacía en un derecho. "Siendo hombres, quienes han hecho y compilado las leyes han favorecido a su propio sexo, y los juristas han elevado estas leyes a principios", para citar una vez más a Poulain de la Barre.

Legisladores, sacerdotes, filósofos, escritores y científicos se han esforzado por demostrar que la posición subordinada de la mujer es deseada en el cielo y ventajosa en la tierra. Las religiones inventadas por los hombres reflejan este deseo de dominación. En las leyendas de Eva y Pandora, los hombres se han levantado en armas contra las mujeres. Han hecho uso de la filosofía y la teología, como lo demuestran las citas de Aristóteles y Santo Tomás. Desde la antigüedad, los satíricos y moralistas se han deleitado en mostrar las debilidades de las mujeres. Estamos familiarizados con las salvajes acusaciones lanzadas contra las mujeres a lo largo de la literatura francesa. Montherlant, por ejemplo, sigue la tradición de Jean de Meung, aunque con menos entusiasmo. Esta hostilidad a veces puede estar bien fundada, a menudo es gratuita; pero en verdad oculta con más o menos éxito un deseo de autojustificación. Como dice Montaigne, "es

más fácil acusar a un sexo que excusar al otro". A veces, lo que está sucediendo es lo suficientemente claro. Por ejemplo, la ley romana que limitaba los derechos de la mujer citaba 'la imbecilidad, la inestabilidad del sexo' justo cuando el debilitamiento de los lazos familiares parecía amenazar los intereses de los herederos varones. Y en el afán por mantener bajo tutela a la mujer casada, en el siglo XVI se apela a la autoridad de san Agustín, quien declara que 'la mujer no es una criatura ni decisiva ni constante', en un momento en que se creía capaz a la mujer soltera. de administrar su propiedad. Montaigne comprendió claramente cuán arbitrario e injusto era el destino de la mujer: "Las mujeres no están equivocadas cuando se niegan a aceptar las reglas que se les establecen, ya que los hombres las establecen sin consultarlas. No es de extrañar que abundan las intrigas y las luchas. Pero no llegó a defender su causa.

Sólo más tarde, en el siglo XVIII, los hombres genuinamente democráticos comenzaron a ver el asunto con objetividad. Diderot, entre otros, se esforzó por demostrar que la mujer es, como el hombre, un ser humano. Más tarde, John Stuart Mill acudió fervientemente en su defensa. Pero estos filósofos mostraron una imparcialidad inusual. En el siglo XIX, la disputa feminista volvió a ser una disputa de partisanos. Una de las consecuencias de la revolución industrial fue la

entrada de las mujeres al trabajo productivo, y fue precisamente aquí donde las pretensiones de las feministas emergieron del ámbito de la teoría y adquirieron una base económica, mientras que sus oponentes se volvieron más agresivas. Aunque la propiedad de la tierra perdió poder en cierta medida, la burguesía se aferró a la vieja moral que encontraba la garantía de la propiedad privada en la solidez de la familia. A la mujer se le ordenó regresar a la casa con mayor dureza, ya que su emancipación se convirtió en una verdadera amenaza. Incluso dentro de la clase trabajadora, los hombres se esforzaron por frenar la liberación de la mujer, porque comenzaron a ver a las mujeres como competidoras peligrosas, más aún porque estaban acostumbradas a trabajar por salarios más bajos.

Al demostrar la inferioridad de la mujer, las antifeministas comenzaron a recurrir no solo a la religión, la filosofía y la teología, como antes, sino también a la ciencia: biología, psicología experimental, etc. al otro sexo. Esa fórmula rentable es la más significativa; es precisamente como la fórmula "igual pero separada" de las leyes de Jim Crow dirigidas a los negros norteamericanos. Como es bien sabido, esta denominada segregación igualitaria sólo ha tenido como resultado la discriminación más extrema. La similitud que acabamos de señalar no se debe en modo alguno al azar, ya

que, ya sea una raza, una casta, una clase o un sexo que se reduzca a una posición de inferioridad, los métodos de justificación son los mismos. 'Lo eterno femenino' corresponde al 'alma negra' y al 'carácter judío'. Es cierto que el problema judío es en general muy diferente de los otros dos: para el antisemita, el judío no es tanto un inferior como un enemigo al que no se le puede conceder un lugar en la tierra, al que la aniquilación es el destino deseado. Pero hay profundas similitudes entre la situación de la mujer y la del negro. Ambos se están emancipando hoy de un paternalismo similar, y la antigua clase magistral desea 'mantenerlos en su lugar', es decir, el lugar elegido para ellos. En ambos casos, los antiguos maestros se prodigan elogios más o menos sinceros, ya sea sobre las virtudes del 'buen negro' con su alma adormecida, infantil y alegre - el negro sumiso - o sobre los méritos de la mujer que es 'verdaderamente femenina' - es decir, frívola, infantil, irresponsable la mujer sumisa. En ambos casos, la clase dominante basa su argumento en un estado de cosas que ella misma ha creado. Como dice George Bernard Shaw, en esencia, "el blanco estadounidense relega al negro al rango de lustrabotas; y de esto concluye que el negro no sirve más que para lustrar zapatos. Este círculo vicioso se encuentra en todas las circunstancias análogas; cuando un individuo (o un grupo de individuos) se mantiene en una situación de